

Juntos, en lo fronterizo: construyendo territorios a través de los espacios de frontera

Together, On the Frontier: Constructing Territories Through Cross-Border Spaces

investigación —
pp. 004-015

Carlos Santamarina-Macho

Resumen

La frontera no debe ser interpretada únicamente como una línea de separación y protección; también puede convertirse en el espacio desde donde realidades contrapuestas, mediante las posibilidades creativas del conflicto, avancen hacia metas comunes. Partiendo del mito fronterizo, el artículo muestra algunas situaciones y experiencias en las cuales el concepto puede seguir siendo útil en la actualidad para el conocimiento, la interpretación e, incluso, la construcción de territorios.

Palabras clave: frontera, paisaje construido, paisaje intermedio, periferia urbana, Estados Unidos de América, Nuevo México, frontera mexicana-estadounidense, conflicto creativo

Abstract

The border should not solely be interpreted in terms of separation and protection, but also as a space where opposed realities, through the creative potential of conflict, can move forward towards common goals. Taking the frontier myth as a starting point, this article illustrates situations and experiences in which this concept remains useful in the present day for understanding, interpreting and even constructing territories.

Keywords: border, man-made landscape, intermediate landscape, rural-urban fringe, United States of America, New Mexico, US-Mexico Border, creative conflict



La escritora camerunesa Léonora Miano afirma en un libro reciente que “la frontera es el lugar en el que, sin descanso, los mundos se tocan.”¹ Expresa así, con sencillez, que la frontera puede ser entendida no sólo como un elemento que separa contrarios, *the border*, sino como aquel que puede constituir el soporte para relaciones entre ellos. La frontera es entendida como un espacio de oportunidad en que, por medio del contacto y, por qué no, también del conflicto, se posibilita el enriquecimiento de los mundos que en ella concurren, incluso la creación de una nueva realidad que aprenda de ellos. Miano ejemplifica esta posibilidad con manifestaciones artísticas como el jazz, fusión cultural nacida a partir del encuentro entre la música europea y africana, y con la literatura. Un análisis similar podría realizarse con otras expresiones materiales e inmateriales, entre ellas la arquitectura, el territorio y el paisaje.

Recuperar esta interpretación positiva y posibilista de la frontera o, quizá con más precisión, de “lo fronterizo,” resulta hoy más necesario que nunca, en una contemporaneidad caracterizada por la dificultad para establecer límites infranqueables, particularmente en aquello que se relaciona con la información y los aspectos culturales, pero donde, al mismo tiempo, algunos siguen insistiendo en la necesidad de construirlos, virtual o físicamente, para garantizar la preservación de un determinado *statu quo*. No resulta difícil poner ejemplos de ello a ambos lados del Atlántico. En Europa tras décadas de intentos por derribar sus propios muros –comenzando por el de Berlín– para erigirse como un continente cultural, social y económicamente unificado, se ve ahora cómo la recuperación de algunos otros, tanto internos como externos, resquebraja algunos de los principios de aquella imaginada Arcadia del siglo xx. Y cómo olvidar ese muro imaginado por el recién nombrado presidente estadounidense, quien parece olvidar no sólo las raíces culturales del suroeste de Estados Unidos, sino también, bajo la sofama imperialista escondida tras su “hagamos América grande de nuevo,” que México también es americano.

Corremos el riesgo de que esta interpretación exclusiva de la frontera como límite, como separación, como protección, como mecanismo de independencia y aislamiento del “otro,” se torne dominante, devolviéndonos a un pasado que creíamos superado, en el que la necesidad de protección primaba sobre el deseo de libertad, en el que el miedo a perder se anteponía al deseo de mejorar. Se trata de una concepción negativa de lo fronterizo que no contribuye a la construcción de la realidad, sino únicamente a su estancamiento, manteniendo el conflicto entre esos mundos que se tocan pero dificultando una confrontación que ha sido, históricamente, motor de cambio. A ambos lados de la frontera, las realidades pueden ser claras, incluso diáfanas, pero es en lo fronterizo donde las reglas pueden diluirse para

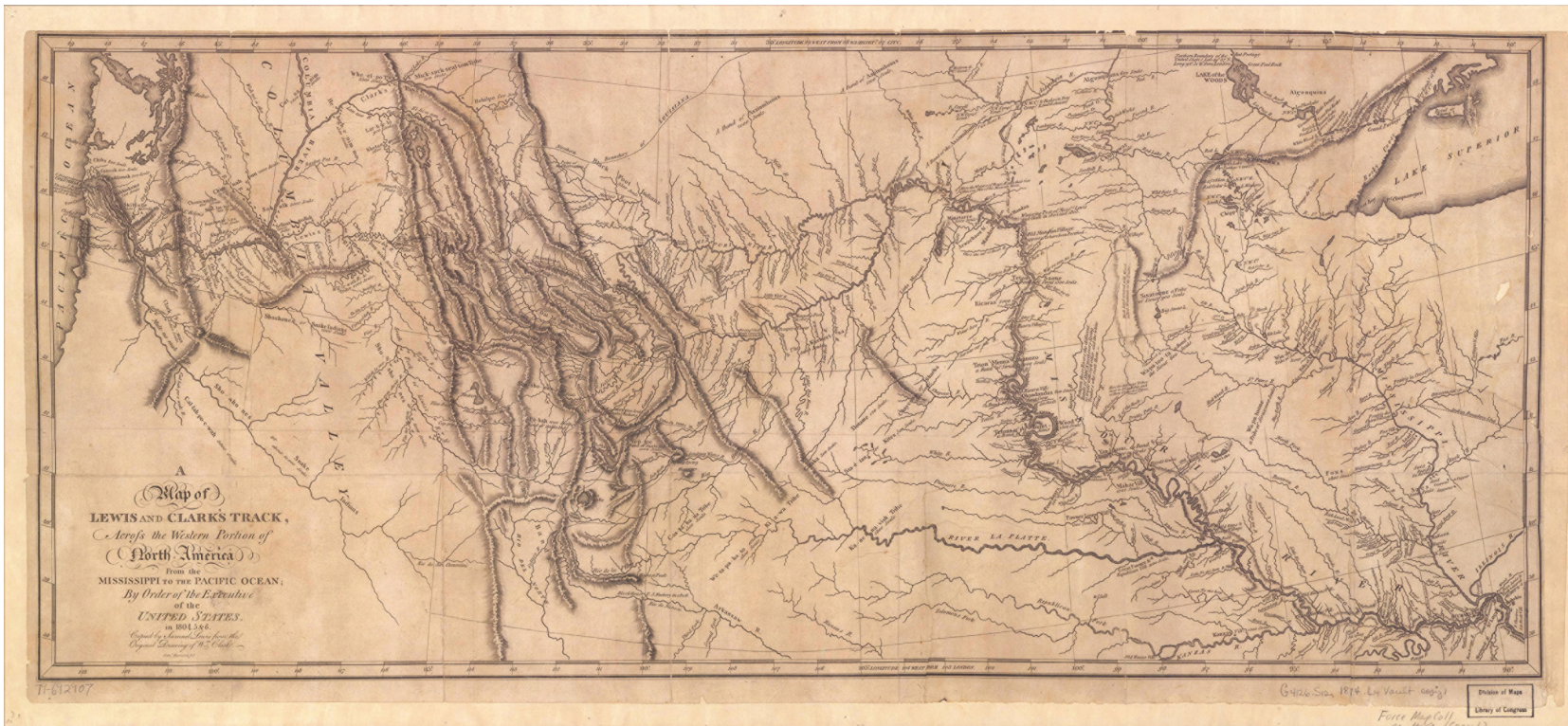
dar paso a un nuevo orden. La frontera no es, por tanto, el muro que separa, sino un lugar de encuentro en que todo es posible porque todo está aún por definirse.

El presente artículo expone algunas nociones de este concepto de lo fronterizo, partiendo de sus orígenes como mito fundamentalmente estadounidense pero asumido con variantes por otras culturas, desde la perspectiva específica de su capacidad para configurar determinados tipos de relaciones espaciales: una capacidad para construir territorios, nuevos y diferenciados, que no sólo tuvo lugar en el siglo xix, sino que sigue viva en algunos de los espacios donde, todavía hoy, son posibles los encuentros culturales y materiales propios de lo fronterizo.

Historia y mito de lo fronterizo

En un intento de facilitar la comprensión de lo fronterizo desde una perspectiva posibilista, encaminada al establecimiento del diálogo entre diferentes actores y no a su aislamiento, resulta inevitable que recuperemos algunos aspectos de un mito fronterizo estadounidense que, lejos de acotarse a un solo periodo y lugar concreto de la historia, ha trascendido el contexto cultural en que nació para convertirse en universal. Un mito que, como tal, es definido tardíamente gracias a un texto esencial para comprender algunos aspectos de la sociedad estadounidense: *The Significance of the Frontier in American History*,² escrito en 1893 por el historiador Frederick Jackson Turner.

Podemos asumir que la cultura de Estados Unidos ha estado marcada históricamente por la definición –real o imaginada– de una frontera que era necesario superar, no tanto de forma individualizada (en la línea de otro de sus mitos: el del *self-made man*), sino colectivamente. Hablamos de una frontera que, como límite material, fue realidad durante un lapso relativamente breve, entre 1804 y 1842. La primera de estas fechas corresponde a la expedición pionera que Meriwether Lewis y William Clark realizaron entre las costas este y oeste de la entonces joven nación en la búsqueda infructuosa de una conexión sencilla entre ambas. No obstante, la expedición sí estableció dos límites físicos: por un lado, el continental, definido por el encuentro con el océano Pacífico y asumido sin conflictos, y por otro, el verdaderamente relevante desde el punto de vista cultural: el de las aparentemente infranqueables Montañas Rocosas que desde ese momento se luchó por superar.³ Fue el coronel John C. Frémont quien, en 1842, desmitificó esta condición y descubrió que sería posible establecer ese deseado paso que, gracias al impulso dado por la riqueza de recursos al otro lado del continente, habilitaría el inicio de la ocupación de la costa oeste décadas antes de que el proceso colonizador tomase forma definitiva tras la Guerra Civil.

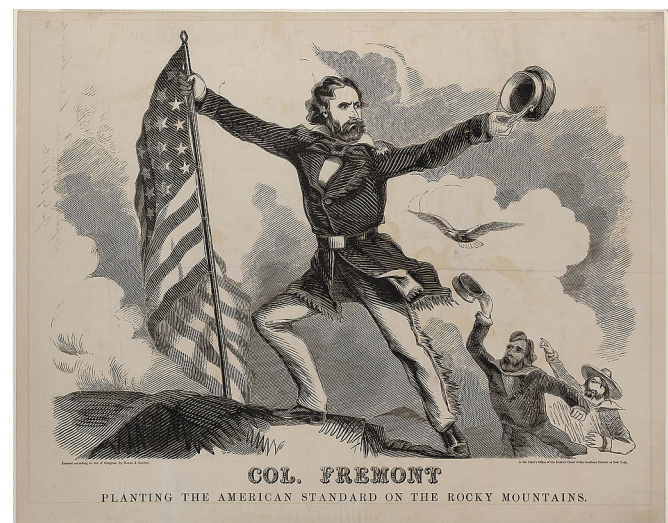


Mapa de la expedición de Lewis y Clark, desde el Misisipi hasta el océano Pacífico, concluido en 1810 y publicado por Bradford and Inskoop (Filadelfia, 1814)

Resulta sugerente suponer que este hito, más allá de sus implicaciones políticas, marca un punto de inflexión en la concepción cultural de la frontera, debido a que su condición de borde pierde relevancia en beneficio de la trascendencia que adquiere el punto de fractura: deja de ser una línea que separa para convertirse en un lugar que conecta. No debe olvidarse que el borde no sólo seguía existiendo como realidad física, sino que era necesario que permaneciese al menos como referente cultural colectivo. De ahí que lo fronterizo pueda dejar de lado su condición separadora no sólo para adquirir la función de punto de encuentro, sino también para ser el soporte de una serie de fenómenos vinculados con la construcción de una nueva realidad material e identitaria. Tomar conciencia de la frontera —de una con carácter abierto— era también tomar conciencia de un espacio en el que iban a tener lugar los principales avances sociales, culturales, económicos y territoriales de la época.

Esta apreciación positiva del espacio fronterizo —que enfatiza la capacidad humana para enfrentarse a dificultades y superar barreras, al construir sus propios lugares de confrontación, pero a la vez de encuentro— es la que de algún modo conceptualiza Frederick Jackson Turner una vez concluido el periodo de expansión territorial. Aunque la idea resonaba ya, de alguna manera, en textos seminales de la identidad norteamericana como *Letters from an American Farmer*,⁴ donde J. Hector St. John de Crèvecoeur prefiguraba el valor de la expansión de los límites territoriales en el contexto de una idílica comunidad agrícola y antiurbana, la nueva concepción no estará vinculada tanto a la conquista y dominación de un espacio⁵ como a las transformaciones que en éste tienen lugar como resultado de una confrontación de culturas, sociedades y modos de entender el territorio que no se salda con la victoria de una de las fuerzas sino con el diálogo entre ellas.

El propio Turner se refería a ello cuando afirmaba que la frontera decimonónica era aquel espacio en el que un hombre europeo, representante del mundo civilizado y la tecnología, se enfrentaba a lo salvaje, y que el re-



Cartel electoral de 1856 que muestra al coronel Frémont superando la barrera natural de las Montañas Rocosas

sultado no era "la vieja Europa" pero tampoco la naturaleza, sino "un nuevo producto que es americano."⁶ Un producto tanto cultural como materialmente situado entre ambos mundos y, en teoría, mejor que ellos, que nace precisamente de su equilibrio.⁷

Además, resulta notable que en la medida que este espacio fronterizo comenzaba a definirse como lugar de encuentro y confrontación, y no tanto de separación, sus propios límites se desdibujaban, perdían parte de su naturaleza espacial. Es lo que ofrece, por ejemplo, una representación icónica de la frontera como la ofrecida por *American Progress* (1872) de John Gast, de la que Turner tomará diversos elementos para su propia conceptualización teórica, en la que se aprecia el encuentro entre dos realidades: la



John Gast, *American Progress*, 1872

oscura naturaleza, a la izquierda, y una luminosa tecnología que avanza desde la derecha; ambas se fusionan en un lugar intermedio en el que se muestran diferentes procesos de construcción territorial y social que van desde la agricultura hasta el icónico ferrocarril, pasando por las líneas telegráficas que un “progreso” personificado porta en sus manos.

No puede negarse que la frontera así concebida no pierde su condición conflictiva. Pero el mito fronterizo no entiende que ésta implique un proceso destructivo del otro, sino el paso necesario para la construcción de una alternativa a los dos mundos, antagonistas, que en ella se encuentran y enfrentan. Es ese espacio intermedio de contacto, carente de reglas precisas e inamovibles, lo que constituye lo fronterizo; un lugar donde aún resulta posible cambiar la realidad y crear un producto diferente, con identidad propia, más atento a las necesidades de su presente que a las ataduras de su pasado.

Territorios en la frontera

La tesis de Turner justificaba el papel del espacio de frontera en la evolución histórica, no sólo de Estados Unidos como nación, sino incluso antes de su formación como tal, pero, ante todo, evidenciaba la existencia de una relación entre la condición espacial de lo fronterizo, el lugar, sus procesos materiales y una construcción cultural y

social particular sustentada sobre la permanente adaptación. “El desarrollo social norteamericano ha recomenzado continuamente en la frontera,”⁸ asevera apenas iniciado su artículo. Una reconstrucción que, por otra parte, no terminará con el fin de la colonización decimonónica, sino que

tendrá su continuidad en el siglo xx con la definición de nuevos espacios, materiales e inmatriciales, concebidos para tratar de reproducir el fenómeno. Al recurso de la frontera, entendida más como reto que como límite, acudieron, por ejemplo, Franklin D. Roosevelt, en el periodo de

Margaret Bourke-White, fotografía publicada en el número inaugural de la revista *Life* que muestra el nuevo territorio de frontera, nacido en el marco de una de las actuaciones del New Deal, la construcción de la presa de Fort Peck, en Montana. El pie de foto dice lo siguiente: “Esto es Wheeler, Montana, una de las seis ciudades de la frontera alrededor de Fort Peck, en el nuevo oeste de Mr. Roosevelt.” El reportaje incluía incluso un pequeño mapa que trataba de espacializar ese nuevo sitio de frontera artificial y el sistema urbano creado en torno al mismo. Ver “Franklin Roosevelt has a Wild West,” *Life* 1-1 (1936)



FRANKLIN ROOSEVELT HAS A WILD WEST

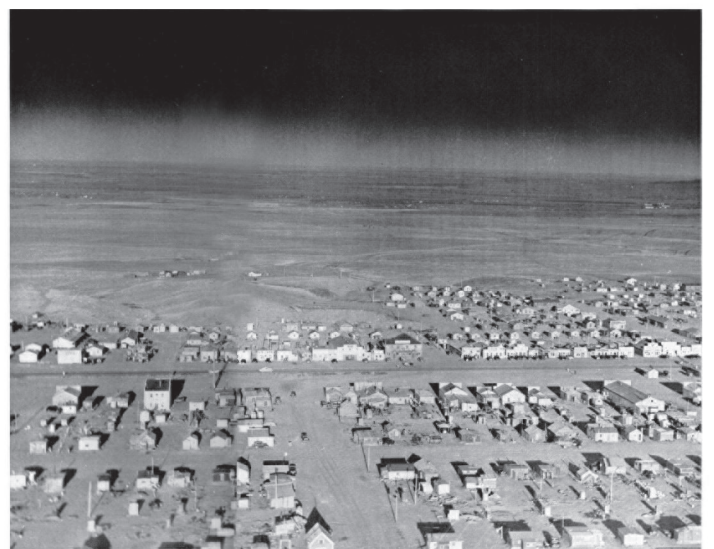
FRANKLIN ROOSEVELT HAS A WILD WEST

AND you are looking at it in the photographs on these nine pages. It is almost as wild and almost as far west as the Wild West which Franklin's cousin Theodore saw in the Eighties. Its stark tones, of which you see one opposite, are its wide open and its history as ghostly as that of Hell's Delight. The only real difference is that Theodore's frontier was the natural result of the Great Trek to the Pacific, whereas Franklin's is the natural result of \$100,000,000.

The \$100,000,000 is being spent on a work-relief project in Northwestern Montana. The project is an arduous one: the world's longest—2,600 miles up the Missouri from St. Louis. The dam is intended to give work to Montana's unemployed and incidentally to promote the marriage of commerce to a quarantined project as a work make it to a spectacular system. It has paid wages to as many as 10,000 veterans, pardoned farmers and about unemployed persons as a time.

That it has also provided extraordinary work for a check-out population of hardscrabble, single farmers, hard drinkers, redneck mechanics, filling station operators and light-swinging ladies is partly the army's fault. Army engineers, backed up by a project they didn't want and had to recommend, resulted to put it through on a strictly business basis. They built a decent quarters only for the workers, Fort Peck City, fully equipped with dormitories, hospital, military equipment, etc., but they provided quarters only for the workers—and for all their families. For those quarters they charged rents which hit the married workers as hard as they could. Consequently, to keep his family together and to get himself off the water front, the married worker and his friends moved a few miles off the reservation.

There are six of them, about on condition, hang on here and only mentioned by the hand of the law you see at the top of this page. Wheeler, Montana, has 4,000 inhabitants and 40 small businesses of one kind or another—mostly ranches. A second is hopelessly named New Peck. A third is Peckville. A few miles away are Happy Peck, Peck, Peck, Peck and Wilson. The Red Light suburb is Happy Hollow. Margaret Bourke-White's pictures enable you to observe all these things the better and discover of these inhabitants.



THIS IS WHEELER, MONTANA: ONE OF THE SIX FRONTIER TOWNS AROUND FORT PECK IN MR. ROOSEVELT'S NEW WILD WEST.

la Gran Depresión, y, con mayor rotundidad, John F. Kennedy, cuya campaña de 1960 se sustentó, precisamente, en la idea de una nueva frontera no tanto material como social y política.

La frontera, aunque tenga implicaciones sociales, culturales y políticas, es ante todo una realidad espacial. Fue en los años sesenta del pasado siglo cuando surgió un concepto de notable interés desde el punto de vista arquitectónico y urbanístico, conocido como “territorio intermedio,” aún ambiguo en su definición⁹ que, en cierta medida, constituye una renovación simbólica de la frontera cuyas resonancias perduran hasta nuestros días. No en vano una de las más interesantes aproximaciones tempranas al concepto, la realizada por Leo Marx al *middle landscape* en el ya clásico *The Machine in the Garden: Technology and the Pastoral Idea in America*,¹⁰ incide precisamente en algunos aspectos de ese conflictivo enfrentamiento entre naturaleza, hombre y tecnología que caracterizaron los espacios de la frontera estadounidense decimonónica, articulados además mediante referentes culturales próximos.

El *middle landscape* no deja de ser algo difuso, una noción general que permite referirse a un amplio conjunto de situaciones caracterizadas —como la frontera— por una indefinición en su orden interno, la cual se deriva de aspectos espaciales, temporales, de su condición “en proceso” o de su posición entre antagonistas. O bien, más comúnmente, por una concurrencia de todos estos factores en una condición en la que prima lo informal, preocupación destacada en el discurso urbano. Quizá el fenómeno que refleja con mayor claridad esta condición sea el del *rural-urban fringe*, esa franja territorial que actúa como interfaz entre una ciudad en desarrollo y un campo que, como Christopher Tunnard señalaba, se caracteriza “por su extrema heterogeneidad, la ausencia de una orientación o dominancia clara y una continua sucesión de usos en la que elementos de un orden ecológico en retroceso conviven codo con codo con los de un orden que avanza.”¹¹

El *urban fringe*, reconocido por las ciencias sociales antes que por las urbanas,¹² podría definirse como un moderno lugar de encuentro y conflicto entre dos sistemas, urbano y rural, del mismo modo que la frontera lo había sido entre civilización y naturaleza. Ambos comparten la vocación de ser transformados, como espacios, en un determinado sentido: el de la ocupación y el dominio humano. Y si en 1829 el presidente Andrew Jackson se preguntaba: “¿Qué hombre bueno preferiría un país cubierto de bosques y poblado por unos pocos miles de salvajes a nuestra extensa república, salpicada de ciudades, pueblos y prósperas explotaciones agrícolas?”¹³ algunos planificadores urbanos parecían estar, hasta hace no demasiado tiempo, haciéndose una pregunta similar respecto del campo y la ciudad. Y tal como Turner quiso mostrar en su análisis de la expansión hacia el oeste, el interés del *urban fringe* puede encontrarse más en los procesos que tenían lugar en ese territorio que en el resultado, en ocasiones incierto, de los mismos. Porque este espacio de conflicto que es el paisaje intermedio puede ser entendido no únicamente como un ámbito de transición, sino —por la riqueza ofrecida mediante su complejidad— como un lugar con identidad propia.

Un lugar que, con la cada vez más indefinida urbanidad, sólo incrementa su relevancia cuantitativa y cualitativa respecto de lo que, en términos clásicos, reconoceríamos no solamente como ciudad sino también como campo. Aglomeraciones urbanas como la Ciudad de México hoy no pueden ser entendidas ni interpretadas a plenitud más que a través de estos espacios de interfaz.¹⁴ Pero quizá sean también esenciales para aproximarse a otras realidades territoriales más amplias, donde lo urbano y lo rural desaparecen hasta convertir su conjunto en un gran espacio fronterizo.

La última frontera

Si en algún territorio es posible hallar, aún en nuestros días, algo de la positiva riqueza de la frontera, probablemente se encuentre en algún lugar del borde entre México y Estados Unidos. No en vano Nuevo México y Arizona, territorios apropiados en 1848 mediante el Tratado de Guadalupe Hidalgo,¹⁵ fueron *de facto* los últimos espacios de la frontera estadounidense. Pero más allá de esa condición, en ellos ha sido posible, durante décadas, experimentar esa concurrencia de identidades culturales y realidades materiales diferentes; ese contacto entre mundos que, desde el inicio, identificábamos como un valor que debería ser reconocido y potenciado.

Algunos así lo hicieron, al menos parcialmente. Ya en el siglo XIX, las expediciones de exploración comenzaron a fijar su atención no sólo en la naturaleza de estos territorios, sino también en sus pobladores, su arquitectura y el modo excepcional en que, en ellos, se producía la fusión entre lo natural y lo construido por la mano del hombre. Esta idea tuvo una fuerte presencia en fotografías como las realizadas por Timothy O’ Sullivan para la *Geographical Explorations and Surveys West of the 100th Meridian*,¹⁶ en las que la atención se desplaza hacia la arquitectura de los indios pueblo, las huellas de los pobladores hispanos de estos espacios o la cualidad de la integración hombre-naturaleza que podía ser admirada en lugares como el cañón de Chelly. Décadas después, la arquitectura intentó rescatar del olvido estas características mediante trabajos como los de Vincent Scully, quien encontró en ellas la base para construir un discurso en torno a las relaciones deseables entre la naturaleza y las construcciones humanas, específicamente arquitectónicas,¹⁷ o el de Aldo van Eyck, que quiso reconocer en la informalidad de la arquitectura pueblo, que visitó a finales de la década de 1950, una referencia fundamental para la definición de un nuevo habitar contemporáneo.¹⁸ Incluso en la actualidad siguen constituyendo espacios de interés para el análisis de los procesos y posibilidades de construcción formal e informal del territorio, como los llevados a cabo por Teddy Cruz y Fonna Forman en otra frontera mexicana-estadounidense, la del área metropolitana de San Diego-Tijuana, en el marco de la Cross-Border Initiative de la University of California-San Diego.

Fue quizá John Brinckerhoff Jackson¹⁹ quien tomó conciencia de manera más temprana, como intérprete del paisaje y la cultura, del potencial de esa última frontera. La propia revista *Landscape*, que fundó en 1951, nació con una clara orientación al análisis de esos territorios del suroeste americano



T.H.O' Sullivan, Phot.

Nº 11

ANCIENT RUINS IN THE CAÑON DE CHELLE. N. M.

In a niche 50 feet above present Cañon bed.

Timothy O'Sullivan, Ruinas antiguas en el cañon de Chelle, 1873. La fotografia muestra un poblado anasazi denominado en la actualidad la Casa blanca, en Arizona. Fuente: Library of Congress Prints and Photographs Division, Washington. LC-DIG-ppmsca-10055

—hasta entonces ignorados, pero hoy icónicos— en los que se produce la confrontación entre la cultura material norteamericana y la latinoamericana, entre la naturaleza y el hombre, entre lo rural y lo urbano, entre lo formal y lo informal... Y lo hizo de un modo que, aun centrándose en la materialidad espacial de los estados de Arizona y Nuevo México, terminó disolviendo los límites fronterizos para llegar a su entendimiento como una unidad comprensiva del territorio que incluía el norte de México, y particularmente el estado de Chihuahua, sobre la que artificiosa y arbitrariamente había sido trazada una línea divisoria que alteraba su original identidad.²⁰

Estos límites antrópicos impuestos al territorio fueron también un tema recurrente en los escritos de Jackson, quien reconoció en ellos un elemento, creado por el hombre, capaz de aislar y dotar de coherencia a un espacio y, por ello, esencial para conferir a cualquier territorio su propio carácter distintivo.²¹ Pero de su observación de los estados fronterizos se derivó, al mismo tiempo, una apreciación crítica respecto del modo en que estas barreras restringían las transferencias entre mundos en otro tiempo conectados y la manera en que ello había acarreado consecuencias negativas para ambas partes.

Debe entenderse, sin embargo, que Jackson no es del todo neutral en su apreciación. Su lectura, tanto de la historia como del territorio, es estadounidense, y en ella no deja de haber un sentimiento de orgullo ante la capacidad de esta nación para construirse a sí misma. Lo que matiza esta perspectiva no es tanto la apreciación de los procesos territoriales al sur de la frontera, sino la crítica a una modernización indiscriminada que se estaba imponiendo sobre las tradiciones al norte y que, de algún modo, las creía preservadas aún en los estados mexicanos o en un Nuevo México observado con un sentimiento nostálgico y, en cierta forma, también posibilista. Lo que para él hacía interesante la frontera mexicana no eran sólo los valores que ésta preservaba, ya alterados en el lado estadounidense, sino también su condición de tierra de oportunidad; el que siguiese siendo “un paisaje golpeado por el sol lleno de grandes planes para su futuro.”²²

La barrera fronteriza —al imposibilitar los flujos entre ambos lados y propiciar que en cada uno se implante un modo diferente de vivir y ver el mundo casi desvinculado con el otro— obligaba a ambos territorios, otrora unidos, a seguir caminos separados sin aparentes posibilidades de enriquecimiento mutuo. Salvo, quizá, en Nuevo México, la que sería su tierra de adopción y donde se encontrarían esos referentes tradicionales que se creían necesarios para el nuevo mundo; desde los ya citados sistemas de asentamiento de las primitivas poblaciones hispanas hasta la observable integración entre hombre y naturaleza, pasando por la riqueza aportada por un palimpsesto de épocas, sociedades y culturas preservado a lo largo del tiempo que el progreso, que avanzaba lento y amenazante por éstos apenas ocupados territorios, aún no había logrado eliminar.²³ Una diversidad, social, arquitectónica y paisajística que trató de narrar y documentar gráficamente mediante sus propias obras, pero también con las de otros artistas, como los



Alex Harris, "Truchas, June 1982"

que colaboraron en *The New Mexico Photographic Survey* a principios de la década de 1980,²⁴ que quizá hoy esté destinada a ser sólo un mero recuerdo, pero que siempre encontrará refugio en aquellos espacios, grandes o pequeños, fronteras reales o virtuales, en que las confrontaciones entre modos de ver el mundo encuentren oportunidades para seguir vivas.

Construyendo el futuro desde lo fronterizo

Defender actualmente, en un mundo globalizado y dominado por las tecnologías de la información y la comunicación, la existencia de fronteras, de límites que restrinjan nuestra libertad, resulta no sólo un contrasentido sino también, en buena medida, un anacronismo. Sin embargo, el espacio fronterizo sí puede seguir teniendo, como hemos intentado afirmar en este texto, interés en nuestros días, sobre todo si es entendido no como una línea de separación y aislamiento, sino como un lugar de confrontación en que el contacto entre mundos opuestos puede contribuir a la resolución de sus conflictos.

Es cierto que para ello debemos distanciarnos no sólo de la interpretación estrictamente física de la frontera, que tiene en los muros, y más recientemente en las concertinas, sus iconos, sino también de su mitificada construcción cultural. La verdadera frontera americana no es aquella caricaturizada mediante el cine, los cuentos para adolescentes, la pintura de Frederic Remington, los relatos de James Fenimore Cooper o esa figura del vaquero que autores como Eric Hobsbawm han querido desmontar,²⁵ sino el ámbito en que se enfrentan visiones e ideas, en el que aún están presentes todas las opciones y, a la vez, ninguna domina. Y quizá por ello, históricamente, ha constituido un buen punto de partida desde el cual progresar



La frontera mexicana-estadounidense entre Nuevo México y Chihuahua, que mantiene la continuidad de su paisaje. Fotografía: Alex MacLean



La misma frontera entre Tijuana y California. Fotografía: National Guard Bureau, 2007



hacia la construcción de algo nuevo y no sólo hacia la reproducción del pasado. Comprender esos espacios de frontera supone entender quiénes somos y, sobre todo, quiénes queremos ser en un lugar donde todas las posibilidades permanecen todavía abiertas.

En los últimos tiempos, mientras los medios de comunicación virtuales multiplican las posibilidades de producir espacios para una enriquecedora confrontación social y cultural, los espacios físicos comunes, en los que dicha confrontación había tenido lugar tradicionalmente, no han hecho sino reducirse. La especialización, y la homogeneización derivada de ella, material e inmaterial de muchos territorios, particularmente en Europa, pero también en América, no ha hecho sino limitar las posibilidades de emergencia natural de eso que Teddy Cruz define como conflictos creativos,²⁶ en buena medida una adaptación y generalización moderna de la condición constructiva de la experiencia histórica de la frontera.

Es cierto que las fronteras históricas se encuentran hoy desaparecidas o tan alteradas que es imposible intentar reproducir en ellas la experiencia original. Pese a ello, aún resulta factible encontrar espacios donde experiencias similares siguen teniendo lugar de algún modo y en los que, por tanto, es posible un determinado aprendizaje útil para la arquitectura y el urbanismo contemporáneos. Del mismo modo que John Brinckerhoff Jackson redescubrió en Nuevo México un territorio de enorme interés para la comprensión de la relación entre el hombre y su entorno, en la actualidad otros espacios reclaman no sólo nuestra atención, sino también el desarrollo de nuevos modos de ser observados e interpretados. Esto es, por ejemplo, lo que hizo Cruz al hallar en el borde Tijuana-San Diego un espacio de disolución de las reglas culturales y formales de la ciudad y del territorio, o lo que explora un concepto como el de ciudad-paisaje, mediante el cual Juan Luis de las Rivas y Juan Miró indagan en las posibilidades de una reinterpretación contemporánea del enfrentamiento hombre-naturaleza por medio de algunas ciudades americanas, observadas como ejemplo de su hibridación.²⁷

En términos territoriales, no se trata de saber qué es naturaleza, qué es campo y qué es ciudad, ya que la verdadera evolución de una sociedad, disciplina o conocimiento nunca se ha alcanzado a partir de la definición de sus límites, sino al trascenderlos. No se trata únicamente de introducir la ciudad en el campo, ni el campo en la ciudad, como hizo el urbanismo del pasado. La clave está en luchar, también desde nuestra arquitectura, nuestras ciudades y nuestros territorios, por la creación de nuevos espacios fronterizos sobre los cuales tender puentes y no en los cuales levantar muros. Aunque algunos sigan insistiendo en lo contrario.

Notas

1. Léonora Miano, *Vivir en la frontera* (Madrid: La Catarata, 2016).
2. Frederick Jackson Turner, "The Significance of the Frontier in American History," en Martin Ridge, *Frederick Jackson Turner: Wisconsin's Historian of the Frontier*, (Madison: State Historical Society of Wisconsin, 1986). Existe una traducción al español: Frederick Jackson Turner, "El significado de la frontera en la historia americana," *Secuencia* 7(enero-abril de 1987): 187-207. DOI: <http://dx.doi.org/10.18234/secuencia.v0i07.170>
3. Las Montañas Rocosas fueron la última frontera en el avance hacia el oeste. Como recuerda Turner, la historia del proceso de colonización europeo es la de una sucesión de fronteras naturales que comienza con el océano Atlántico y sigue con los Alleghenies y los ríos Misisipi y Misuri, antes de alcanzar la gran cadena montañosa.
4. J. Hector St. John de Crevecoeur, *Letters from an American Farmer* (Mineola: Dover Publications, 2005).
5. No debe olvidarse que el territorio de la frontera norteamericana ya era, en su mayor parte, un baldío americano, controlado, pero no ocupado. La colonización tenía un valor más cultural que práctico, por lo cual era apoyada mediante ideas como la del "destino manifiesto," acuñada por John L. O'Sullivan en un breve artículo publicado poco después del hito de Frémont. Ver John O'Sullivan, "Annexation (1845)," *United States Magazine and Democratic Review* 17-1 (julio-agosto de 1845): 5-10.
6. Frederick Jackson Turner, "El significado de la frontera en la historia americana," 189.
7. Cabría matizar, por supuesto, que esta interpretación positiva del mito del encuentro en la frontera tiene su réplica negativa, en tanto que este supuesto diálogo no siempre se produjo de modo equilibrado. La interpretación que de la frontera hacen, por ejemplo, las comunidades indias nativas, diezradas en el proceso, refleja una realidad mucho menos agradable, marcada no tanto por la creación de algo nuevo como por la destrucción, cultural y material, de las preexistencias. En la obra de John Gast este aspecto es, en cierta medida, obviado, al mostrar a estas comunidades huyendo del progreso, lo que no deja de ser otra distorsión de la historia destinada a reforzar la construcción del mito desde la perspectiva estadounidense. Ver, por ejemplo, Jefe Seattle, *Nosotros somos una parte de la tierra: mensaje del Gran jefe Seattle al presidente de los Estados Unidos de América en el año de 1855* (Palma de Mallorca: José J. de Olañeta, 2007).
8. Frederick Jackson Turner, "El significado de la frontera en la historia americana," 188.
9. No existe ninguna definición estándar ni ninguna denominación común para referirse a este concepto: territorio intermedio, paisaje intermedio, *middle landscape*, *intermediate landscape*...
10. Leo Marx, *The Machine in the Garden: Technology and the Pastoral Idea in America* (Nueva York: Oxford University Press, 2000). Ver también Leo Marx, "The American Ideology of Space," en Stuart Wreke y William Howard Adams, eds., *Denatured Visions: Landscape and Culture in the Twentieth Century*, (Nueva York: Museum of Modern Art, distribuido por Harry N. Abrams, 1991): 62-78.
11. Christopher Tunnard y Boris S. Pushkarev, *Man-made America, Chaos or Control?: An Inquiry into Selected Problems of Design in the Urbanized Landscape* (Nueva York: Harmony Books, 1981), 72.
12. Ya a mediados de la década de 1940, en los primeros momentos del desarrollo suburbano, pueden encontrarse algunas definiciones del fenómeno procedentes de las ciencias sociales, como la incluida en la tesis doctoral de Myles W. Rodehaver, *The Rural-Urban Fringe: An Interstitial Area* (University of Wisconsin-Madison, 1947), "el área en la cual la tierra es utilizada de forma urbana mientras algunos atributos de lo rural siguen también presentes", citada en Daniel R. Fesenmaier, Michael F. Goodchild y Sandra Morrison, "The Spatial Structure of the Rural-Urban Fringe: A Multivariate Approach," *Canadian Geographer* 23- 3 (septiembre de 1979): 255-65, DOI: 10.1111/j.1541-0064.1979.tb00661.x. Una interesante aproximación a su definición puede encontrarse también en Robin J. Pryor, "Defining the Rural-Urban Fringe," *Social Forces* 47- 2 (diciembre de 1968): 202-215, DOI: <https://doi.org/10.1093/sf/47.2.202>.
13. Andrew Jackson, pronunciado durante su discurso de toma de posesión como séptimo presidente de los Estados Unidos. Citado en Philip Jenkins, *Breve historia de Estados Unidos* (Madrid: Alianza Editorial, 2009), 112.
14. Ver, entre otros, José Castillo y Sarah Raines, "Urbanisms of the Informal: Transformations in the Urban Fringe of Mexico City," *Praxis: Journal of Writing and Building* 2 (2001): 100-111 y Rafael López Rangel, Ricardo Antonio Tena Núñez, Salvador Esteban Urrieta García, Rubén Cantú Chapa, Pedro Lina Manjarrez y Roque Carrasco Aquino, "Los efectos de la globalización en el área metropolitana de la Ciudad de México," en María A. Castrillo Romón y Jorge González-Aragón Castellanos, eds., *Planificación territorial y urbana: Investigaciones recientes en México y España*, (Valladolid: Universidad de Valladolid, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, 2006): 67-104. En este último, Pedro Lina propone un análisis de la Ciudad de México a partir de sus "fronteras y puertas modernas," entendidas como "espacios urbanos que definen un lugar, un punto, una zona que establece una dificultad o facilidad para comunicar la ciudad y su periferia."
15. Tratado de paz, amistad, límites y arreglo definitivo entre los Estados Unidos Mexicanos y los Estados Unidos de América que ponía fin al conflicto que había enfrentado a ambos países desde la anexión de Texas en 1845. No se incorporarían, no obstante, como estados hasta 1912.
16. Pueden verse algunos ejemplos en George Montague Wheeler, *Photographs Showing Landscapes, Geological and other Features of Portions of the Western Territory of the United States, Obtained in Connection with Geographical and Geological Explorations and Surveys West of the 100th Meridian, Seasons of 1871, 1872 and 1873* (Washington: War Department. Corps of Engineers. U.S. Army, ca., 1876).
17. Lo desarrollará fundamentalmente en Vincent Scully, *Architecture: The Natural and the Manmade* (Nueva York: St. Martin's Press, 1991) y, de modo sintético, en Vincent Scully, "Architecture: The Natural and the Manmade," en *Denatured Visions: Landscape and Culture in the Twentieth Century*, Stuart Wreke y William Howard Adams, eds. (Nueva York: Museum of Modern Art, 1991): 7-18.
18. Aldo van Eyck incluirá una representación de la arquitectura pueblo en su conocido *Otterlo Circle*. Van Eyck también desarrolló, como otros arquitectos de su generación, una interpretación propia de los espacios intermedios o fronterizos, lugares de encuentro entre situaciones antagónicas a los que denominó *In-between*. Véase Aldo van Eyck, Vincent Ligtelijn y Francis Strauven, *The Child, the City and the Artist: An Essay on Architecture: The In-between Realm* (Ámsterdam: Sun Publishers, 2008).
19. Es considerado el fundador de los estudios culturales del paisaje en Estados Unidos y uno de los personajes más influyentes en la interpretación contemporánea del territorio. Su producción intelectual, más informal que académica, incluye más de 350 artículos, centenares de dibujos, fotografías y varios libros, además del legado derivado de su labor docente en las universidades de California en Berkeley, y Harvard, durante los años sesenta y setenta del siglo XX. Los últimos años de su vida, vivió retirado en una casa, construida con una clara influencia hispana, en La Ciénaga, Nuevo México, hoy integrada al Center of Land Use, University of New Mexico.
20. John Brinckerhoff Jackson, "Chihuahua as we Might Have Been," en John Brinckerhoff Jackson y Helen Lefkowitz Horowitz, *Landscape in Sight: Looking at America* (New Haven: Yale University Press, 1997): 43-53.
21. Ver John Brinckerhoff Jackson, "A Pair of Ideal Landscapes," en *Discovering the Vernacular Landscape*, (New Haven: Yale University Press, 1984): 8-55 y John Brinckerhoff Jackson, "Ghost at the Door," en Ervin H. Zube y Margaret J. Zube, eds., *Changing Rural Landscapes*, (Amherst: The University of Massachusetts Press, 1977): 41-52.
22. John Brinckerhoff Jackson, "Chihuahua as we Might Have Been," 53.
23. John Brinckerhoff Jackson, "Seeing New Mexico," en *A Sense of Place, a Sense of Time* (Binghamton, New Haven: Yale University Press, 1994), 25.
24. Steven A. Yates, Thomas F. Barrow y John Brinckerhoff Jackson, *The Essential Landscape: The New Mexico Photographic Survey* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1985). El texto que introduce el volumen supone en sí mismo una declaración sobre por qué este estado debería constituir un modelo de referencia para el estudio de la realidad territorial contemporánea, sus equilibrios y sus amenazas. En cierto modo, se podría decir que Jackson identificó en Nuevo México un modelo para el territorio similar al que, con respecto a la ciudad, reconoció Robert Venturi en Las Vegas, esto es, no tanto un ejemplo a emular como la representación material de una riqueza que era necesario comprender. Ver John Brinckerhoff Jackson, "Looking at New Mexico," en *The Essential Landscape: The New Mexico Photographic Survey*, 1-9.

25. Eric Hobsbawm, "El 'vaquero' de Estados Unidos: ¿Un mito internacional?," en *Un tiempo de rupturas. Sociedad y cultura en el siglo xx* (Barcelona: Crítica, 2013): 257-72. Hobsbawm trata de analizar los porqués del mito estadounidense del vaquero relacionándolo con figuras similares presentes en otras culturas, y expone, entre otros aspectos, el origen mexicano no sólo de la figura histórica que da origen al mito, sino también de buena parte del lenguaje específico utilizado para describir a dicha figura: *buckaroo, cinch, chaps, mustang...*
26. Teddy Cruz y Anne Boddington eds., *Architecture of the Borderlands* (Londres: Academy Press, 1999).
27. Ver Juan Luis de las Rivas Sanz, "Hacia la ciudad paisaje. Regeneración de la forma urbana desde la naturaleza," *Urban 5* (marzo-agosto de 2013): 79-93, y Juan Luis de las Rivas Sanz y Juan Miró Sardá, "Ciudad paisaje: Naturaleza y regeneración urbana en las ciudades americanas," *Bitácora Arquitectura* 28 (julio-noviembre de 2014): 66-79.

Referencias

- Butzer, Karl W. "The indian legacy in the American landscape." En Michael P. Conzen, editor. *The making of the American landscape*. Nueva York: Routledge, 2010: 27-50.
- Castillo, José y Sarah Raines. "Urbanisms of the Informal: Transformations in the Urban Fringe of Mexico City." *Praxis: Journal of Writing and Building* 2 (2001): 102-11.
- Crevecoeur, Hector St. John de. *Letters from an American Farmer* [1782]. Londres: Dover Publications, 2005.
- Cruz, Teddy y Anne Boddington. *Architecture of the Borderlands*. Londres: Academy Press, 1999.
- Davis, Brian. "Frontiers and Borders in the American Landscape." *Bracket. Architecture, environment, digital culture, At Extremes, Almanac* 3 (2015): 31-37.
- De las Rivas Sanz, Juan Luis. "Hacia la ciudad paisaje. Regeneración de la forma urbana desde la naturaleza." *Urban 5* (marzo-agosto de 2013): 79-93.
- De las Rivas Sanz, Juan Luis y Juan Miró Sardá. "Ciudad paisaje: Naturaleza y regeneración urbana en las ciudades americanas." *Bitácora Arquitectura* 28 (julio-noviembre de 2014): 66-79.
- Eyck, Aldo van, Vincent Ligtelijn y Francis Strauven. *The Child, the City and the Artist: An Essay on Architecture: The Inbetween Realm*. Amsterdam: Sun Publishers, 2008.
- Fesenmaier, Daniel R., Michael F. Goodchild y Sandra Morrison. "The Spatial Structure of the Rural-Urban Fringe: A Multivariate Approach." *Canadian Geographer* 23-3 (septiembre de 1979): 255-65.
- Hobsbawm, Eric. "El 'vaquero' de Estados Unidos: ¿Un mito internacional?" En *Un tiempo de rupturas. Sociedad y cultura en el siglo XX*. Barcelona: Crítica, 2013: 257-272.
- Hornbeck, David. "Spanish legacy in the Borderlands." En Michael P. Conzen, editor. *The making of the American landscape*. Nueva York: Routledge, 2010: 51-62.
- Jackson, John Brinckerhoff. "Ghost at the Door." En Ervin H. Zube y Margaret J. Zube, editores. *Changing rural landscapes*. Amherst: The University of Massachusetts Press, 1977: 41-52. [Publicado originalmente en *Landscape* 1-2 (otoño de 1951)].
- _____. "A Pair of Ideal Landscapes." En *Discovering the Vernacular Landscape*. New Haven: Yale University Press, 1984: 8-55.
- _____. "Looking at New Mexico." En Steven A. Yates, Thomas F. Barrow, John Brinckerhoff Jackson. *The Essential Landscape: The New Mexico Photographic Survey*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 1985: 1-9.
- _____. "Seeing New Mexico." En *A Sense of Place, a Sense of Time*. Binghamton, Nueva York: Yale University Press, 1994: 13-25.
- _____. "Chihuahua as we Might Have Been." En John Brinckerhoff y Helen Lefkowitz Horowitz. *Landscape in Sight: Looking at America*. New Haven: Yale University Press, 1997: 43-53. [Publicado originalmente en *Landscape* 1-1 (primavera de 1951)].
- Jenkins, Philip. *Breve historia de Estados Unidos* [1997]. Madrid: Alianza Editorial, 2009.
- Life*. "Franklin Roosevelt has a Wild West." *Life* (23 Nov 1936): 10-17.
- López Rangel, Rafael, Ricardo Antonio Tena Núñez, Salvador Esteban Urrieta García,

Rubén Cantú Chapa, Pedro Lina Manjarrez y Roque Carrasco Aquino. "Los efectos de la globalización en el área metropolitana de la Ciudad de México." En María Castrillo Romón y Jorge González-Aragón Castellanos, editores. *Planificación territorial y urbana. Investigaciones recientes en México y España*. Valladolid: Universidad de Valladolid, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, 2006: 67-104.

- Lutzoni, Laura. "In-formalised urban space design. Rethinking the relationship between formal and informal." *City, Territory and Architecture An Interdisciplinary Debate on Project Perspectives* 3-20 (2016). DOI: 10.1186/s40410-016-0046-9.
- Marx, Leo. "The American Ideology of Space." En Stuart Wreke y William Howard Adams, editores. *Denatured visions: Landscape and Culture in the Twentieth Century*. Nueva York: Museum of Modern Art, 1991: 62-78.
- _____. *The Machine in the Garden: Technology and the Pastoral Idea in America* [1964]. Nueva York: Oxford University Press, 2000.
- Miano, Léonora. *Vivir en la frontera*. Madrid: La Catarata, 2016.
- O'Sullivan, John. "Annexation (1845)." *United States Magazine and Democratic Review* 17-1 (julio-agosto de 1845): 5-10.
- Pryor, Robin J. "Defining the Rural-Urban Fringe." *Social Forces* 47-2, 2 (diciembre de 1968): 202-15. DOI: <https://doi.org/10.1093/sf/47.2.202>.
- Scully, Vincent. "Architecture: The Natural and the Manmade." En Stuart Wreke y William Howard Adams, editores. *Denatured Visions: Landscape and Culture in the Twentieth Century*. Nueva York: Museum of Modern Art, 1991: 7-18.
- _____. *The Natural and the Manmade*. Nueva York: St. Martin's Press, 1991.
- Seattle, Jefe. *Nosotros somos una parte de la tierra* [1855]. Palma de Mallorca: José J. de Olañeta, 2007.
- Tunnard, Christopher y Boris S. Pushkarev. *Man-made America, Chaos or Control?: An Inquiry into Selected Problems of Design in the Urbanized Landscape*. Nueva York: Harmony Books, 1981.
- Turner, Frederick Jackson. "The Significance of the Frontier in American History" [1893]. En Martin Ridge. *Frederick Jackson Turner: Wisconsin's Historian of the Frontier*. Madison: State Historical Society of Wisconsin, 1986.
- _____. "El significado de la frontera en la historia americana." *Secuencia* 7 (enero-abril de 1987): 187-207.
- Wheeler, George Montague. *Photographs Showing Landscapes, Geological and Other Features of Portions of the Western Territory of the United States, Obtained in Connection with Geographical and Geological Explorations and Surveys West of the 100th Meridian, Seasons of 1871, 1872 and 1873*. Washington: War Department. Corps of Engineers. U.S. Army, ca. 1876.
- Yates, Steven A., Thomas F. Barrow, y John Brinckerhoff Jackson. *The Essential Landscape: The New Mexico Photographic Survey*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 1985.
- Zube, Ervin H. "An Exploration of Southwestern Landscape Images." *Landscape Journal* 1-1 (verano de 1982) 31-40.

Carlos Santamarina-Macho

Arquitecto

Master en Restauración Arquitectónica

Doctor en Arquitectura

Universidad de Valladolid, España

✉ carlossantamarina.arq@gmail.com